

## Tellagorri

In: Sukalde, Anton: *Tellagorri (1892-1960)*, Ediciones Vascas, Donostia, 1978: 9-15.

El hecho de que Tellagorri necesite de presentación en su propio pueblo revela la magnitud del abismo que ha abierto una guerra de cuarenta años.

Una barbaridad.

Pero una "barbaridad" desnuda de cualquier sentido figurado con el que se le quiera reducir, diciendo lo que dice: una ferocidad heredada de los godos del siglo V y con las huellas más recientes de las calcomanías de camisas y flechas visibles a través de los disfraces democráticos de ocasión transparente con que siguen imponiendo todavía hoy su yugo a la civilidad desarmada de los pueblos.

Entre ellos, éste de Tellagorri.

Tellagorri murió de ese mal de la violencia terrible que es el exilio institucionalizado por cuarenta años interminables, y que, claro, se ha ido cobrando, implacable, las piezas que eran más valiosas para la transmisión generacional del magisterio civil y la herencia espiritual de que se nutren los pueblos.

Es un vacío que se siente profundamente.

Como ha dicho Cecilia G. de Guilarte refiriéndose a Tellagorri: han ido muriendo, no minados por la enfermedad, sino abatidos por el Tirano que con certera puntería los ha ido matando de nostalgia.

Y comienzan a volver algunos de estos muertos del destierro.

Aquí, es el caso de Tellagorri.

Y llega en esto *Antón Sukalde* a buscar un cierto reposo en su pueblo y en unos momentos en que, es triste tener que decírselo, no ha terminado de llegar la única paz que él reclamaba y podía aceptar: la de la justicia.

No vamos a engañarlo ahora, y aquí, diciéndole otra cosa.

No merece esta mentira un hombre que gastó su vida desnudando disimulos, destripando clisés, buscando la verdad.

Nos lo dijo alguien que supo apreciarlo: Javier de Landaburu.

Pero digamos aquí para fijar un punto de referencia histórica que dé sentido a esta relación, que Tellagorri muere en Buenos Aires el 14 de julio de 1960, a menos de cuatro meses del fallecimiento de José Antonio de Aguirre en París. A José Antonio de Aguirre sustituye en la presidencia del Gobierno de Euzkadi en el exilio el que fue hasta entonces su segundo, Jesús María de Leizaola, y a éste viene a sustituirle en la Vicepresidencia, Javier de Landaburu.

Sobre todo a partir de este nombramiento lo tuvimos los jóvenes como el líder político de nuestras esperanzas; pero Landaburu murió prematuramente, a sus 56 años, en mayo de 1963.

Y para lo que nos importa en su relación con Tellagorri, es él quien nos da este valioso testimonio de lo que supuso la muerte del periodista y el escritor para los vascos, y sólo tres años antes de la suya propia.

Acaso esta tristeza que transparenta es premonitoria.

"Desde hace algún tiempo sus artículos lo manifestaron entristecido. No era ya Tellagorri. Recuerdo la profunda impresión que me hizo un escrito suyo de hace unas semanas, describiendo su soledad y su desorientación un domingo por la tarde en su casa de Buenos Aires. Se le veía sufrir, se le veía acabarse.

"Lo recordé mucho ayer, también domingo y yo solo en mi casa. Tampoco sabía qué hacer. Como a él, ni los libros ni la música me decían nada amable. Pasé mala tarde y en varias ocasiones me acordé de Tellagorri y de su artículo.

"Ayer, día 17, Tellagorri estaba ya muerto; pero yo no lo sabía todavía.

"Esta mañana me ha dado la noticia Urcola al llegar a la Delegación.<sup>1</sup> La noticia ha venido en el margen del último número de *Tierra Vasca*, por avión; me ha dado pena y malestar. No hace mucho había pensado en escribir a Gonzalo Nárdiz, a Luis Ruiz de Aguirre y a Pello Mari de Irujo<sup>2</sup> para que le organizásemos un homenaje nacional. Bien que lo había merecido".

Es expresión de la tristeza profunda que vive el mundo laberíntico del exilio interminable.

## Quién era Tellagorri

Como ocurre con frecuencia en las letras vascas, sobre todo en las euskéricas, los escritores, bertsolaris y periodistas son conocidos por sus seudónimos. Así "Orixe", "Txirrita" y "Luzear", por sólo citar un ejemplo de cada uno de los tres géneros, resultan casi desconocidos si se les nombra: Nicolás Ormaechea, José Manuel Lujanbio y Andrés Arcelus.

Pues lo mismo pasa con "Tellagorri" si se le llama José Olivares Larrondo.

José Olivares Larrondo nace en Algorta el 22 de agosto de 1892. Juega al fútbol en el "Arenas" de los buenos tiempos, entra como empleado en la Diputación de Vizcaya, pero da con su veta literaria en una publicación local, *El Gobela*, que edita con los hermanos Amézaga, Ramón y Vicente. Luego quiso entrar a hacer un periódico de verdad, y lo emplearon en el diario *Euzkadi* a través de un género que no por pedestre deja de ser el camino inevitable de muchos que se han dedicado luego a las letras: el de comentarista deportivo.

Más lógico en él, como futbolista.

Por este camino llega pronto a dirigir el periódico deportivo *Excelsior* de Bilbao.

Pero Tellagorri, un seudónimo que recibió prestado de uno de los personajes bilbainos de Baroja, al que admiraba tanto, no es un comentarista deportivo más. Es Víctor Ruiz Añibarro el que nos da cuenta en un trabajo suyo cómo advierten sus

<sup>1</sup> El gran periodista Urcola hacía O.P.E. (Oficina de Prensa Euzkadi), otra hazaña del exilio, en la Delegación del Gobierno de Euzkadi en París.

<sup>2</sup> Personalidades de ANV, partido en el que militaba Tellagorri.

lectores la capacidad de crítica que había en ese humor demitificador que se enfrentaba a la pueril seriedad y al pretendido cientifismo con que se escribía de fútbol mediante unos comentarios risueños y burlones que eran su gracia natural. Una fórmula que luego funciona también en los campos de la vida social y política cuando entra a dirigir *Tierra Vasca - Euzko Lurra* el año 1932, recién inaugurada la República.

### **Llega la guerra... y el destierro**

La guerra lo sorprendió a sus 44 años y ya enfermo de diabetes; le hizo frente, sin embargo, con enorme dedicación desde su trinchera de papel en *Tierra Vasca*. Con la derrota de las armas, el exilio. Primero por mar al caer Bilbao; tiene que salir de París andando, y como Antón Sukalde huyendo campo a través para cruzar la línea de ocupación alemana en busca de un puerto donde embarcar para América. Sale de Marsella en un barco que toca Marruecos, y a Tellagorri lo hacen pasar (como a Antón Sukalde) por el campo de concentración de Kachba Tadla; pero hay que seguir huyendo de los alemanes que se están comiendo Europa, y consigue llegar en otro barco a Cuba, donde el poeta Altolaguirre le edita su primera novela: *París abandonada*; hasta que consigue llegar, por fin, a su destino: Buenos Aires.

Al llegar buscó un camino que no traicionase su vocación literaria demasiado.

Y va encontrando alternativas, aproximaciones, que en estos trances son muy de agradecer: la Editorial Sopena; luego "Galeuzca" (*Galicia-Euzkadi-Cataluña*), escribe en *Euzko-Deya*, luego en *Argentina Libre*, y todo estos rodeos imprescindibles para regresar a sus cauces de *Tierra Vasca*, que vuelve a nacer en Buenos Aires.

Y es sobre todo aquí, en este periódico del exilio vasco que él supo hacer que fuera de lo mejor, donde se dio más a conocer ese talante abierto, liberal, que va describiendo su pluma a ratos amable, a ratos triste, pero siempre aguda e insobornable, con que se le reconoce.

Es el mismo Landaburu el que nos define este aspecto del servicio que prestó a la democracia y a nuestro pueblo:

"Tellagorri ha hecho un bien inmenso a los patriotas, a los de dentro del País que lograban leerlo, y a los exilados. Este hombre que escribiendo jugaba con todos los valores espirituales sin dañar ninguno, tenía una gran fe en Euzkadi. Ha sido un elemento valiosísimo de divulgación, de aireación, del nacionalismo vasco. Su simpática heterodoxia, su profundo humanismo, han dado savia a nuestra causa. La que aquí gana siempre es la verdad. Eso ha dicho Tellagorri, y eso le debemos. A los integristas, que los perdone Jaungoikua, porque se equivocaron en este mundo, y tal vez para el otro. Menos mal que es bueno ese Dios omnipotente en quien ellos no confían. Si no, no serían integristas"...

Es un espléndido elogio al hombre, al demócrata y al vasco.

## Su muerte

En 1956 tuvo que ser operado de cataratas, y luego, de un desprendimiento de retina.

Eran las consecuencias del mal que padecía.

A pesar de estos graves contratiempos continuó al frente de su tarea de hacer *Tierra Vasca*. Gracias, sobre todo, a la leal dedicación de un amigo: Pello Mari de Irujo, quien dice con cariñosa gracia que se ha convertido en "su repuesto".

"Durante cuatro años enteros yo he sido los ojos y las piernas del viejo Tellagorri. Era mi director, un director al que llamaba 'viejo', que es la forma argentina más cariñosa de llamar a un amigo"... "Por su poca salud, su mala vista, por esas piernas fuleras –que, quién lo diría, se habían enfrentado a las de Pichichi–, el viejo necesitaba ojos y piernas de repuesto, y yo hacía de eso, de repuesto".

Es la más bella frase de entrega en la amistad que he leído.

Ya en los últimos días de su vida, rodeado del cariño de su mujer, Agustina Camiruaga, y su hijo José Antonio, le faltaron sus hijas Isabel y Purificación, entonces en Algorta; le preocupó su periódico, sus colaboradores y sus lectores desperdigados en muchos países del exilio, y sobre todo los que lo leían a escondidas de la censura en Euzkadi... ya en ese Sueño que comienza a ser la Patria cuando se le ha alejado uno tanto en el tiempo, y de este sueño, la tierra de Algorta, con su campa de la Avanzada, el Puerto Viejo, el humilde curso del Gobela...

Y llega el momento en que el Sueño Grande invade todos los linderos...

Son las tres de la tarde del 14 de julio de 1960.

El exilio queda en su derredor.

La colectividad vasca lo vela del 14 al 15, y el 15 es conducido al cementerio de la Chacarita.

## Su regreso

Pero la vida de un escritor no termina en un entierro.

Tellagorri hacía periodismo en el primer piso de su vocación, para poder escribir en el segundo algo más personal, más trascendente, y con ésa su "letra pequeñita, regular, cuidada" y a lápiz, con que lo recuerdan los suyos; para terminar pasando este lápiz a máquina reposadamente él mismo. Ya hemos dicho que hasta su muerte publicó dos libros: la novela que fue editada por Altolaquirre en Cuba: *París abandonada*, y luego un precioso libro de estampas literarias: *Horas joviales*.

No llegué a ver esa primera novela.

En cuanto a *Horas joviales*, recibí el libro dedicado en los años en que nos cruzábamos las colaboraciones: él me mandaba las suyas para la revista *Elite* que yo dirigía entonces en Caracas, y le mandaba las mías para *Tierra Vasca*.

Pero al margen de estos dos libros que fueron publicados, dejó sin editar algunos cuando murió.

Tres novelas: *Los gudarís de Gartxot* (que fue publicándose por partes en *Tierra Vasca*), *Martiñene* y *Txibeltza*. Estos fueron los tres originales que quedaron en su

habitación. Pero había aún otra novela que, como él mismo dice en su introducción había de ser impresa en México, que se decidió dejarla sin publicar hasta la hora en que Antón Sukalde pudiera regresar a su pueblo con el espíritu de Tellagorri.

Y aquí está ya en su casa, con los suyos.

No es esto, este cuadro de promesas políticas sin cumplir, lo que deseaba Tellagorri para su pueblo; pero es bueno que las voces prohibidas del exilio comiencen a estar aquí para seguir avanzando con su pueblo hasta el final de su camino de libertad.

Hondarrabia, 10 de octubre de 1978